AÑO VIII. — N.o 328.

EL DIA

Montevideo. Abril 23 de 1939.



Franklyn Roosevelt, Presidente de Estados Unidos.—"A fin de evitar que el mundo se convierta en un montón de ruinas, no quedará piedra sin mover, en mis esfuerzos para evitar una guerra". — (Del histórico mensaje que ha tenido la virtud de consolidar la opinión democrática del mundo).

R. y J. Caruso fotos

CRONICA RETROSPECTIVA: TRASLADO A MEXICO DE LOS RESTOS DE AMADO NERVO, A BORDO DEL CRUCERO "URUGUAY"





Después de la ceremonia. El público asistente se dispersa. Al fondo, el Palacio del Congreso, entonces en construcción

En el mes de setiembre del año 1919 murió en Montevideo el poeta Amado Nervo, representante diplomático de México en el Uruguay, voz lírica de América. El gobierno del doctor Baltasar Brum resolvió que sus restos fueran trasladados a México, a bordo del crucero "Uruguay", designando a la Escuela Naval para que escoltara el cadáver, colocado en un sarcófago de granito gris, obsequio de nuestro gobierno, para que en él fueran depositados los restos del altísimo poeta al dársele sepultura en México.

La información gráfica no recogió en su época los actos a que dieron lugar, en México, las ceremonias realizadas. Por gentileza de las autoridades de la Escuela Naval, que a nuestra solicitud nos han procurado algunas de las fotografías obtenidas entonces, podemos brindar hoy esta crónica retrospectiva que reviste un interés público indudable.



Otro aspecto del cortejo al llegar a la Avenida Juarez



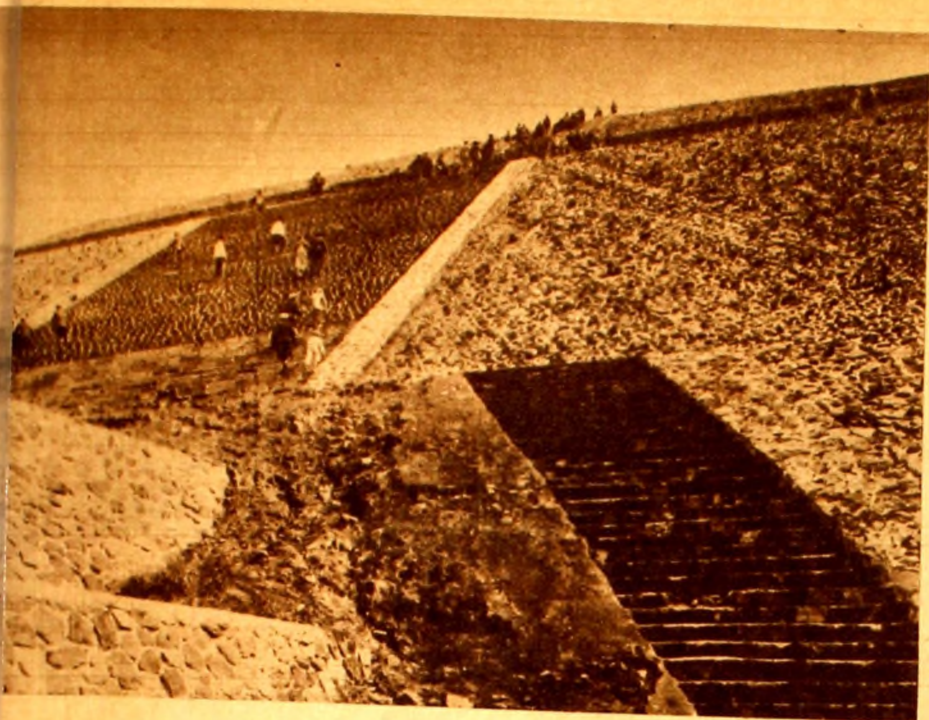
Ese viaje constituyó para el alumnado de la Escuela Naval un curso práctico de navegación, haciendo escalas el buque, primero en el puerto de Río de Janeiro, donde se rindieron grandes honores al poeta Amado Nervo, luego en los puertos de Pernambuco, Isla Trinidad, Isla de Jamaica y Cuba, para dirigirse luego al puerto mejicano de Veracruz, de donde se trasladó el féretro en ferrocarril a la capital, siendo velado en el Ministerio de Relaciones Exteriores, rindiéndosele grandes honores militares, en los que intervino nuestra Escuela Naval, que fué cabeza del desfile, recibiendo grandes ovaciones del pueblo mexicano.

Luego de una permanencia de 15 días en México, durante los cuales visitaron monumentos y lugares históricos, el crucero "Uruguay" inició el viaje de regreso tocando algunos puertos de Centro América y luego en La Guaira, Venezuela, para pasar el Canal de Panamá, saliendo al Océano Pacífico, tocando puertos de Colombia, Perú, varios de Chile, y Estrecho de Magallanes, para salir al Atlántico y tocar Puerto Belgrano, arribando a Montevideo el 7 de noviembre de 1920, luego de recorrer 16.000 millas.

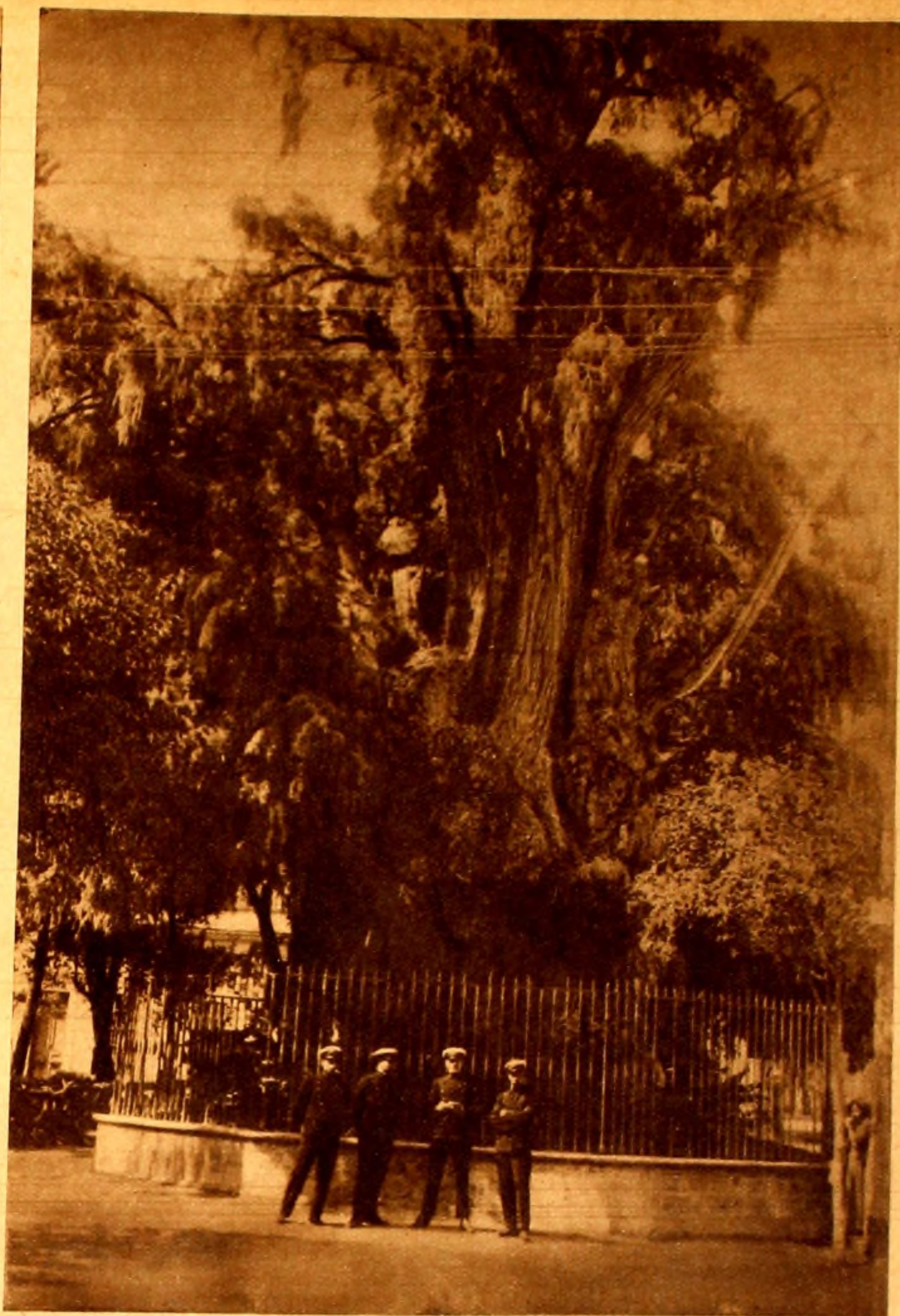
Limitada la información de este número a los actos referentes al traslado de los restos de Amado Nervo, y algunas notas atingentes, reservándonos para números sucesivos dar otras informaciones gráficas sobre ese viaje del veterano buque de la Armada Nacional.



La compañía de aspirantes del "Uruguay", pronta para romper la marcha de la columna militar, de que fué cabeza



Escaleras que dan acceso a la Pirámide del Sol, en Teotihuacan (teotihuacan quiere decir "morada de los dioses"). En el extremo de una avenida de pequeña pirámides llamada calle de los Muertos, se eleva esta pirámide del Sol, de 55 metros de altura, con una rampa en zig-zag, para acceso.



Aspirantes de la Escuela Naval, el año 1919, al pie de "El Arbol de la Noche Triste", en Popotla, México. — Es sabida la historia — quizá con mucho de leyenda — de este cedro, bajo el cual acampó Hernán Cortés la noche del 30 de junio de 1520, con los cuatrocientos españoles que le quedaron después de la persecución de los aztecas, quienes les inmolaron unos mil hombres, del ejército conquistador, en los altares de sus idolos

Aspecto del cortejo al desembocar en la Avenida Juarez





Grupo de aspirantes de la Escuela Naval, en la casa que vivió Hernán Cortés, en Goaiacan



Patio de la casa de Hernán Cortés, en Goaiacan. En este pueblo tuvo su primer asiento el gobierno español, y fué atormentado Cuauhtemoc

GOLPES DE MAR

Al embate del fuerte oleaje, se abren grutas y concavidades en el extremo rocoso de Punta Ballena

Una ensenada abierta entre las rocas por el brioso empuje de las olas

La falta de elemento comparativo le regatea grandeza a esta ola sobre el peñon, de unos diez o doce metros de alto, elevándose sobre el empuje de la ola espumante

La fuerza del oleaje se amortigua sobre la playa, en la que deja encajes de espuma

El extremo rocoso de la sierra de la Ballena termina en las costas del Río de la Plata, lugar conocido por Punta Ballena, en el Departamento de Maldonado, que presta protección y abrigo al puerto, formando en el lado opuesto una ensenada denominada Portezuelo, sitio magnífico si los hay en nuestras costas.

Los vientos de este lugar son en extremo violentos y baten con fuerza las aguas que se rizan en espumas blanquísimas, forman do olas gigantescas que azotan la escarpada roca, siendo tal su fuerza que abren en ella grutas y concavidades de curioso aspecto, muy visitadas durante la época balnearia. En uno de esos días de recio viento, en que las aguas encrespadas baten las rocas de Punta Ballena, han sido tomadas estas notas fotográficas que dan idea de la magnífica grandeza del mar en ese lugar, cuando las azota el viento, elevando las aguas a insospechable altura.

(Fotografías BERTHOLD SCHMIDT)



La altura de estas rocas dan idea de la reciedumbre del oleaje que ha vencido su resistencia, abriéndole brecha

Los grandes temporales elevan las olas hasta esta altura, formando entre las rocas grietas que son luego refugios de aves marinas



Promontorios azotados por el mar

EL HILO DE AGUA

—AMIGOS míos: simple, humilde, insignificante es lo que voy a decir. Pero algo superior a mi propia voluntad me obliga a expresarlo. ¿Comprenderéis esta razón? Imaginad, si queréis, que entráis en el reino encantado de la fábula, donde la verdad se disfraza de mentira y la gravedad toma la apariencia de la más aérea creación de la fantasía. No importa que mi voz sea débil; sé que llegará a todo oído puro.

Soy el hilo de agua del valle. Tengo la diáfana alegría de la sencillez y la dulzura. Los niños y los corderillos me pasan sin miedo. Carezco de ambiciones y por eso no tengo crímenes que reprocharme. Vivo feliz, poblando el espacio de ritmos suaves, acariciadores, que sólo yo escucho.

Tal vez pensáis: "¡Qué poca cosa es! ¡Qué simplicidad la suya! Ni siquiera sospecha las magníficas perspectivas del mundo, ¡y se cree interesante!"

Es cierto. ¿Pero acaso no salí, como vosotros, de las manos de dios? ¿No soy hermano vuestro, a pesar de mi pobreza? ¿No hay un lazo invisible que nos ata a todos a un destino común y eterno?

Sí, amigos míos: soy, también, una nota en la vasta armonía del universo. Impúlsame una fuerza misteriosa y a ella me someto con la misma docilidad de los demás seres de la creación.

No pensé siempre así. Un hombre (gesto de amargura, mirada de odio, palabra de acero), un hombre que apagó su sed en mi corriente, me dejó un día —extraña recompensa— la desconformidad que le quemaba el espíritu. Hasta las víboras habían respetado mi pureza y no dejaban caer en mis aguas una gota de su veneno. El hombre, no. Me contagió su mal sin remordimiento alguno. Empecé a hervir en sueños de grandeza. Tuve un momento de ceguedad y rebeldía. Y dirigí a Dios estas palabras:

—Has sido injusto conmigo. Me has dado uno de los más tristes destinos. ¿Quién me admira? ¿Quién me teme? El mar es inmenso y su fuerza infunde respeto. El río es bello y grande...

Dios me respondió:

—No pierdas, hijo, lo mejor que hay en tí: la sonrisa apacible y pura. Tienes todo lo que se necesita para ser feliz: alegría, candor, transparencia. ¿Por qué envidias la suerte de los otros? ¿No te ofreces como un vaso de frescura? ¿No se mecen en tus orillas las hermosas flores del valle? ¿No te he puesto en medio de este paisaje de égloga para que lo alegres con tu música y lo ilumines con tu inocencia.

—¡El mar es inmenso! — suspiré.

—Su amargura es mayor que su grandeza. No te acerques a él, porque perderás toda alegría.

—El río...

—No es feliz. Perdió el tesoro de la ingenuidad.

—Los admiro.

—El mar y el río suspiran por tu simplicidad.

—Me desprecian.

—Y sin embargo, son lo mismo que tú: agua.

—Sólo conozco del mundo el corto camino que recorro.

—Eso te permite ser sencillo y bueno. Recuerda que "quien añade ciencia, añade dolor".

—Diariamente saludo a la montaña y ésta no se digna mirarme.

—No te oye. La montaña siente el loco deseo de tocar el cielo. Fracasará eternamente. Vive atormentada por el fuego que roe sus entrañas.

—¿Por qué creaste lo grande, si en la grandeza está el castigo?

—¡Silencio! No podrías comprenderlo, hijo mío. En la conformidad con el destino reside la verdadera sabiduría. Huye del ruido que ensordece, del brillo que deslumbra, de la grandeza que admira y humilla. La dicha es callada y simple. Más cerca está ella de los pequeños que de los soberbios.

—Gracias. Tus palabras me han devuelto la paz. Envíame ahora la lluvia que ahonda el acento de mis canciones y estira mis brazos hasta hacerles tocar la seda verde del campo.

*

Nada más, amigos, tengo que decir. No soy tan tonto como para pretender vuestro aplauso. Me basta con que perdonéis la felicidad de mi ignorancia.

Manuel BENAVENTE.



dibujo de AGUERRE

LOS NIÑOS



Hamlet Quijano Petraglia



Elenita Prato Alambarri y María Celia Carbonell Prato



Enrique Jorge Brussoni Gouyomard

FOTOS DE MARCHESE



← Lila Esther Lujambio Pereira.



Edith Perla Sánchez Quilico.

LA TRAG
LAVA

POCO se ha escrito sobre los últimos veinte años de la vida de Lavalleja. Angustiados y sombríos, parecerían la expiación de faltas no cometidas por esa alma limpida. Desempeñó el gobierno de la Provincia Oriental en 1829. Es su última llamarada, ¡tras la cual lo envuelve la oscuridad. En esa llamarada, quemó su gloria antigua.

En 1832 atacó sin motivo la gestión presidencial de Rivera. Contaba entonces, en su fuero íntimo, con el apoyo de la espada y el prestigio de Oribe. Primer error. El Capitán de Puertos de Montevideo parece tener alma de legalista y no se moverá de su puesto. Caen así, una tras otra, tres intentonas revolucionarias. Obliga a huir la última al levantisco, y a refugiarse en Buenos Aires. No le queda nada. Se le ha arrancado su grado. Le han confiscado sus bienes. Las horas lo abruman en el destierro, y posa para Goulu. Es de esa época el óleo famoso. Entrecejo arrugado, patillas clásicas, manos regordetas y cortas, apoyándose la izquierda sobre la espada.

Levanta Oribe el destierro, y la amnistía retempla el ánimo de los aventados por el turbión revolucionario. Vuelve Lavalleja a la patria. No solo. Lo acompañan los oficiales que han constituído hasta entonces la base de su núcleo político. El momento es histórico. Al pisar de nuevo el país, esa oficialidad rodea al Presidente Oribe. Comprende el todopoderoso, la ventaja que puede sacar de una siembra de generosidades. Reincorpora al ejército, con su antiguo grado, a los proscritos. Con ellos forma su núcleo propio. Ese núcleo es la base del partido blanco. Así desaparece el Lavallejismo. ¿Qué puede hacer Lavalleja, jefe de partido, al que su partido se le escapa? Plegarse al nuevo, de Oribe, que es el suyo, pero con distinto jefe. La Historia conoce estos trasiegos, siempre orientados en dirección de la tienda del vencedor.

El entusiasmo de Lavalleja por el partido político adoptado de manera tan singular, tenía que entibiarse, y se entibió, evolucionando, al final de su vida, hacia el grupo colorado.

En el Sitio Grande estuvo en el Cerrito. ¿Era blanco todavía, en la intimidad de su pensamiento? Aclaremos. Fué colorado de última hora. Renegó públicamente de su antigua colectividad y estrechó lazos con Melchor Pacheco y Obes, uno de los puntales de la Defensa. Apenas muerto, la viuda del héroe regaló la espada de Sarandí al General Pacheco. Este la rechazó respetuosamente, considerándose indigno de poseerla. Más tarde, en épocas de Quinteros, se ofreció la reliquia al Presidente Pereyra. Pereyra no tuvo reparos en aceptarla. (1).

Integró Lavalleja el triunvirato del 53. Pacheco derribó a Giró, por haber roto, en provecho del oribismo, el equilibrio de los partidos, estatuído por la paz de Octubre. Triunfante el movimiento armado de Julio, no podía consagrarse fórmulas tibias. Colorado Flores, y de la Defensa. Colorado Rivera, fundador del partido. Colorado Lavalleja, que acaba de arrancarse la divisa federal.

En 1845 llegó al Cerrito. Un caballo lo llevó desde el Buceo, atravesando el Cardal, hasta la tienda del jefe, en la mañana del 8 de Octubre. "El Defensor" anuncia su llegada sin desmedido entusiasmo. Catorce renglones perdidos en 3ª página.



Patio de la casa de Lavalleja, calle Zabala, entre 25 y Cerrito. Estado actual

Más que un elogio al general que se incorporaba al campamento, es una diatriba contra "El Nacional", que había anunciado su desaparición.

Venía de la Colonia, tomada dos meses antes por fuerzas coloradas de mar y tierra. Cuando pasó por Montevideo tuvo que recordar que dentro de los muros de su ciudad, luchaban por defender la nacionalidad amenazada, compañeros distinguidos, con los que él mismo había hecho la Patria. Lo separaba de ellos ahora, el recuerdo de Cagancha, en que Lavalleja combatió junto a Echague, como jefe de las milicias entrerrianas.

Ahora está en el Cerrito. Es el héroe de la cruzada. Recibirá la fina consideración de Oribe y los suyos.

No. El general don Juan Antonio Lavalleja no recibió buen trato en el Cerrito de la Victoria. Se le negó mando de fuerzas, en una guerra en que lo tuvieron coroneles como Montoro y como Maza. Se le retaceó la ración. "El general Lavalleja sufría tan completa miseria, que por mucho tiempo no tuvo otro manjar en su mesa, que **una paleta asada**, de la mala carne que se le daba en el matadero como ración". (2) Esas comillas encuadran palabras del general Antonio Díaz. Son palabras de verdad, escritas por el Ministro de Oribe al borde de la tumba. Testimonio insospechable, por él sabemos que a Lavalleja se le hizo pasar hambre en el Cerrito.

Pudo tener influencia este trato vejatorio, en el posterior vuelco político de Lavalleja. Exhumamos la triste incidencia, por absoluta necesidad aclaratoria, y no por sádica aptitud de nuestro espíritu. Siempre escribimos bajo el temor de lastimar la memoria de los personajes historiados. De la vida del general Oribe, ahondamos lo que tiene relación con el nacimiento de nuestro pueblo que él fundó. Olvidamos su faz política y sobre todo militar, posterior a 1838, por propia determinación inquebrantable.

Mientras el general Lavalleja pasaba el más trágico período de su existencia en el Cerrito de la Victoria, la hermosa Ana, compañera de su vida azarosa y aventurera, vivía en la ciudad sitiada. En la toma de la Colonia, manos mercenarias, habrían abofeteado a la heroica mujer. "El Defensor" acoge la versión, la cree, y se indigna. No es posible aceptar el atropello incalificable. Al frente de las tropas de ocupación, se hallan don Lorenzo Batlle y don José Garibaldi. Con tales jefes la soldadesca no es vandálica. Además, a doña Ana Monterroso de Lavalleja, no se la abofetea fácilmente. Es de la estirpe del fraile Monterroso, que ha hecho del valor personal su verdadero evangelio. Episodio del 32: le asalta la autoridad su domicilio. Una pistola en cada mano. No se entra. Los diarios de la época cantan a la indomable. Era, sí, valerosa y enérgica. Benjamín Poucel, que la visitó el 46, encontró merecido el concepto público que veía en ella "el alma de la espada del general".

Su posición, en esos momentos, era realmente crítica. En las borrascas, el sueldo militar no llega hasta la esposa de un rebelde. Un aviso de esa época del "Comercio del Plata" anuncia la venta a muy bajo precio, en casa de Lavalleja, de "una magnífica cocina económica hecha por Marino". Otro anuncio ofrece cuartos para alquilar, en casa de Lavalleja, calle Zabala. En uno de ellos Madame Anita Domergue acaba de abrir su tienda. Existe la casa. Severa arquitectura, líneas sobrias y delicadas. Creemos que una extrema necesidad obligó a doña Ana a ceder por unas monedas las piezas de su casa. Esa práctica es patrimonio de nuestra época yanqui, y no de la patriarcal del Sitio Grande.

Esta digresión no es del todo inútil. Se ha mantenido mucho tiempo la leyenda de la miseria en que murió Lavalleja. Podemos destruirla. Pasó estrecheces en el Sitio, como las pasó su mujer dentro de muros. Pero no murió pobre. El Estado pagó **sus deudas**, después de los funerales. Dejó, sin embargo, fortuna cuantiosa. La casa de la ciudad vieja, la estancia de Soriano. Más todavía: los extensos campos del Salto. Tan extensos, que la sucesión regaló al Estado en 1860, seis suertes de estancia, en medio de las cuales debía levantarse más tarde el pueblo de Belén (3). Era una parte de las 10 leguas cuadradas que se le escrituraron al héroe en 1838. ¡Seis suertes de estancia! 2700 cuadras por suerte. Cuantiosa fortuna paralizada, de la que no dispuso nunca el dueño, porque la trabaron las continuas reyertas del país, y los complicados procedimientos judiciales.

*

Seis años pasó Lavalleja en el Cerrito. Años amargados, de personaje segundón. Fué fácil aprovechar su estado de ánimo, para embarcarlo en una conjuración en la que formaban Berro y Acevedo, (4) y que perseguía el zarpazo a Oribe para despojarlo del mando. Era a fines de la Guerra Grande, y ya vivía Lavalleja con su familia en una altura del Cerrito, casi en las orillas del Miguelete. Oribe estaba postrado en cama, pagando tributo a una de sus terribles crisis abdominales. Descubiertos, los tres fueron perseguidos. Equivocados de casa los asaltantes por la oscuridad de la noche, llevaron la mazorcada sobre la quinta de Villademoros. Así contó con una víctima inocente la conjuración del 49. La noche de pesadilla tronchó la vida de Elisa Maturana.

Cosecha de amargura recogió Lavalleja en esos seis años de humillación. Tenía derecho, por la epopeya del desembarco, y la carga de Sarandí, a una vejez respetada y serena. No encontró la paz que merecía, y se le escamoteó el respeto debido a su pasado.

Con sangre debe haber escrito, al borde de la tumba, su triste carta: "Mi desgracia ha consistido en haber creído al Partido Blanco, que me hablaba en nombre de la Ley y de la Patria, para hacerme instrumento de sus infamias y de sus maldades. Dios ha permitido que no muera sin poner la espada de Sarandí del lado del Partido Colorado al cual he debido pertenecer toda mi vida, porque en él estaban mis principios, la gloria de mi país y de mi nombre". (5)

Las últimas palabras son un grito. Por ese grito, llegó al Gobierno de la República. Pero estaba escrito que no tendría vida sino para el sufrimiento. Ni un mes desempeñó el Gobierno. Firmada su última nota en el Fuerte, y apenas recogida por un secretario, el general Lavalleja dobló la cabeza sobre el sillón, y cayó muerto.

*

Plaza Zabala de hoy, antes Fuerte, Casa de Gobierno. 3 y 1|2 de la tarde del 22 de Octubre de 1853. Colocado de espaldas a la calle Wáshington está sentado el general Lavalleja, dando trámite a un asunto secundario. A su lado, el coronel Venancio Flores. Recién llega de campaña, donde ha pacificado los departamentos y domado a los caudillos. Asisten a la reunión, Juan Carlos Gómez, Lorenzo Batlle, y Sayago, Ministro S. del Colegiado. También el Sr. J. A. Zubillaga, que representó a Flores durante su reciente gira. Firma Lavalleja el que debía ser su último pliego y lo entrega al joven auxiliar Mariano Ferreira. Se incorpora luego bruscamente, y cae desplomado. Dos profesores de medicina, los doctores Muñoz y Michaelson, acuden prontamente. El primero corta la vena del codo del lado derecho, en un inútil intento de sangría. La noticia cobra alas en el pequeño Montevideo de entonces. En voz alta se lamenta la pérdida. En voz baja corre algo serio y secreto. Apenas pasado el mediodía, habría tenido lugar un gravísimo incidente entre el general Lavalleja y el coronel Flores. Tan grave, que Flores llegado la noche anterior de campaña, ha querido cortar, levantando su látigo sobre su colega de gobierno. Llega hasta Flores el rumor indigno. Era delicada su situación. Se relacionaba el golpe de rebenque con la muerte inesperada del triunviro. Por otra parte, muy grave Rivera que no ha llegado aún, la eliminación de Lavalleja significaba el poder absoluto en manos de Flores, La noble alma de don Venancio se sobresalta. No puede quedar ni la sombra de una duda sobre esa muerte sospechada a la que se relaciona su nombre. Concierta inmediatamente con J. C. Gómez la autopsia. Solo ha habido dos hasta entonces, de personajes importantes. La del general Britos, pedida por Oribe, y la del general Garzón, que debía costar una suspensión de seis meses al título del médico francés don Pedro Capdehourat.

*

No se busque como causa directa de ese raro pedido de autopsia, otra que el legítimo afán de Flores de sincerarse de una torpe y calumniosa acusación. ¿Por qué, si no, ese empeño tenaz para que la viuda consienta en ella? ¿Por qué esa apertura de puertas a la casa enlutada? Los jefes de guarnición, toda la oficialidad mayor del ejército, los hombres del gobierno, trece médicos, presencian la necropsia.

En la sala de honor de la casa de la calle Zabala, que vió en otra época la celebración brillante de los fastos de la patria, y la íntima de las fechas domésticas, está extendido sobre una mesa, el cadáver desnudo del general Lavalleja. Tres médicos son los encargados de la operación: Vavasseur, Vilardebó y Correa. La presencian los doctores Ferreira, Muñoz, Mendoza, Odiccini, de Moussy, Michaelson, Constant y Neves.

El bisturí practica una sección circular en el cráneo, a corta distancia de la protuberancia occipital externa. (Este es el momento en que debemos rogar su perdón a los lectores profanos de EL DIA. A los muchos médicos del país, ha de interesar, sin duda, que tratemos este punto en nuestro lenguaje).

Los hombres de guerra que presencian la escena no habrán reprimido, a pesar de la fiereza de su oficio, un estremecimiento. Sobre la cabeza respetada, la sierra cava el hueso. El cirujano levanta con esfuerzo la calota.

"Salen como dos libras de una sangre fluída y negruzca, contenida en la cavidad de la aracnoides". ¿De dónde procede esa hemorragia? "Se convencieron los infrascritos, de que a más de lo que contribuyó a este derrame, la sección indispensable de la falcemesoria, y por consiguien-



General J. A. L... Goulu, existe... Na...



Patio al frente ...

DIA DE LEJA

— Oleo de Museo

… del seno longitudinal superior forma… por ella, debió en su mayor parte, ser …ionado por una ruptura de forma elíp… que se advirtió en la parte correspon…te a la pared superior del seno late… del lado derecho, formado por la tien… del cerebelo".

… quita luego la parrilla costal. Vava…r levanta en su mano el corazón y lo …stra a sus colegas. Está **agrandado,** a… …nsas de sus cavidades derchas; **sus paredes están flácidas.** Las válvulas suficientes y sanas.

Los médicos deliberan. "La muerte del Exmo. Brigadier General don Juan Antonio Lavalleja, debe atribuirse a una congestión cerebral, residente especialmente en las membranas del encéfalo, lo que produjo la ruptura del seno lateral ya descrita, y al colapso de las fuerzas, subsiguiente al derrame sanguíneo". (El protocolo es extenso, y nos hemos concretado a extractarlo en sus más fundamentales párrafos).

La originalidad de este trabajo debe verse en la aplicación del criterio científico moderno, al protocolo de autopsia que nos dejaron como documento inapreciable, los médicos del 53.

Negamos la posibilidad de la ruptura espontánea del seno venoso, sin previa lesión del vaso. El seno longitudinal superior es una enorme vena protegida por la hoz media del cerebro. Para que se rompa, es necesario un violento traumatismo craneano, determinando, por la penetración de una esquirla ósea en la cavidad, la lesión del vaso y su ruptura inmediata. Un trauma de esa naturaleza deja fuerte huella en la bóveda. La ruptura espontánea del seno, es una lesión desconocida en la patología. La herida del seno tiene que haber sido un accidente de autopsia: o lo rompió el autopsista al levantar la calota; o lo rompió el serrucho al penetrar, en una escapada, dentro del cráneo.

Puede romperse el seno longitudinal sin trauma. Pero para que eso se produzca se necesita la coexistencia de una lesión local del oído, o de una lesión circunscrita al hueso temporal. Ninguna de las dos existió. El protocolo no las menciona.

Descartamos pues, la primera conclusión de la autopsia: la congestión cerebral no produjo la ruptura del seno. ¿Así, pues, la muerte se debió a la simple congestión cerebral constatada en la necropsia?

No hay posibilidad alguna. La muerte fué brusca, y no es esa la manera de terminar de las congestiones encefálicas.

¿Por qué murió Lavalleja entonces? Creemos que hay que buscar las causas en el corazón y no el cerebro. No se menciona en el protocolo ningún corte a las coronarias. Es lástima. El pensamiento se aferra a una posible trombosis de estos vasos.

Quince años de práctica médico-legal, abriendo cráneos de obreros, nos permiten tener un criterio propio sobre este problema. Hemos dejado establecido ese criterio en las líneas anteriores. Pero necesitamos jerarquizar nuestro trabajo.

Don Juan Antonio Lavalleja, nieto del general. — Vive en Colón.

Esa jerarquía le llega por dos consultas. Una de ellas, hecha al doctor **Velarde Pérez Fontana,** nos confirma en absoluto nuestra manera de pensar. Opina el distinguido cirujano, que no puede haber ruptura espontánea del seno, y que la congestión cerebral es insuficiente para explicar esa muerte súbita, sin prodromos. Cree muy factible la producción de una trombosis coronariana.

El doctor **Alejandro Schroeder** nos dió, durante dos noches, tres horas de su tiempo precioso, y en ellas agotamos el examen del protocolo.

Lo primero que le llamó la atención al profesor Schroeder fué la cantidad de sangre derramada en el cráneo. ¡Dos libras! Aún considerando que fueran libras farmaceúticas, de 12 onzas, alcanzarían casi a los 700 gramos. Derramada esa sangre en el cráneo, ¿qué espacio quedaba para el cerebro? Un cerebro que sufre la presión de 700 gramos de líquido, debe aparecer a los ojos de los médicos, aplastado, destruído, hecho una lámina. No presentó ese aspecto sin embargo, ya que se le hizo cortes, se estudió sus secciones, y se las encontró sanas. El derrame debió pues, ser menor, y provenir no solo de la sangre del seno longitudinal, sino también de la sangre de las venas del cuello, que ganan el cráneo en las autopsias, por la posición declive en que se coloca casi siempre la cabeza sobre la mesa de estudios.

…jo aljibe

Doña Ana Monterroso de Lavalleja, esposa del general. — (Iconografía del doctor Fernández Saldaña.)

Creyó con nosotros, en la imposibilidad de la ruptura espontánea, sin traumatismo, de un seno normal. Para que se rompa ese vaso tan protegido, es necesario una lesión previa del vaso. No hubo trauma en el caso que nos ocupa, ni existió lesión del vaso, ya que no los menciona el protocolo. Nos acompañó sin reservas, en nuestra creencia de que la apertura del seno no fué otra cosa que un accidente de autopsia. La herramienta empleada para cortar la calota, tiene que haber sido el serrucho. Quien haya abierto un cráneo una vez, sabrá lo fácil que es pasar el hueso con la sierra, y llegar al cerebro, a pesar del cuidado empleado para no herirlo. Así, pues, **el seno** longitudinal **no se abrió en vida.**

¿Y la congestión cerebral? Existió, pero puede haber sido una congestión agónica. El protocolo detalla las lesiones: "superficie de la aracnoides visceral, presentando en varios puntos de la superficie convexa del cerebro, una inyección arterial muy aparente; los vasos venosos de esta víscera, muy distendidos por la sangre que contienen".

Hemorragia cerebral no la hubo, según el informe de los cortes. Casi siempre es arterial la hemorragia meningea. Aquí no se constató nada. Ni tumor, ni placa meningea. Además. La congestión cerebral no mata bruscamente. Se establece el derrame y el sujeto cae bruscamente. Pero no muere. Es la apoplegía. Se debate, se queja, estertora, cae en coma. Pero vive horas o días. La única lesión que mata bruscamente, es la que alcanza el bulbo. Las demás lesiones cerebrales de origen arterial, disponen de agonía previa a la muerte.

La que no dispone de agonía, es la muerte de los cardíacos. Tan sabido es ésto, que es la muerte deseada. La caída es brutal. Sin una palabra. Sin una queja. Lavalleja murió en esa forma. Don Mariano lo vió llevarse la mano al pecho, y desplomarse. Su descripción es la de un cardíaco cayendo fulminado. Es un hilo para el diagnóstico. Otro hilo lo da la compañera del general. Don Pedro Carve cruza corriendo los pocos metros de la calle 1º de Mayo, entra a la casa de Lavalleja por la cochera de la calle del 25, y golpea a la esposa con la noticia. La frase brusca de doña Ana: "Todos los Lavalleja mueren del corazón" llega hasta nosotros, y nos trae algo más que una prueba de su inmediata resignación. Nos aporta un seguro antecedente familiar, tan valioso en estas afecciones. (6) Pero hay una constatación en la autopsia, de un enorme valor para nuestro diagnóstico retrospectivo: "Corazón de volumen algo mayor que el natural, especialmente en su ventrículo derecho; ambos ventrículos vacíos de sangre, y **sus paredes reblandecidas".** Paredes reblandecidas... Constituyen la marca de la miocarditis. Ese corazón flácido es un corazón enfermo. Lo atestiguan los doctores Odiccini y Vavasseur, al recordar este antecedente personal: los dos médicos han asistido al general Lavalleja, en distintas épocas de su vida, por accidentes cardíacos más o menos graves.

Así, pues, Lavalleja no tuvo la muerte de un cerebral, sino la de un cardíaco. El accidente terminal puede haber sido, quizás, un **infarto del miocardo.**

Estas conclusiones ¿nos llevan a criticar la labor de los medicos autopsiantes? Muy lejos estamos de caer en tal herejía. Distinguidísimos profesores de la Sociedad de Medicina de Montevideo, cumplieron en esa ocasión, una magnífica labor con relación a la época. Por otra parte, ¿cuántos años hace que hablamos corrientemente de infarto cardíaco? Tal vez no llegue a diez. (7)

Las largas consultas con los doctores Pérez Fontana y Schroeder, han permitido dar a nuestro trabajo de revisión de la autopsia de Lavalleja, una jerarquía de que hubiera carecido sin ellas.

M. FERDINAND PONTAC.

(1) La carta de Pacheco y Obes rechazando la espada, se publicó en el Album de 1902 de homenaje a Lavalleja. La de Pereyra, aceptándola, en "La República", de 21 de Abril de 1858.

(2) "Hist. polít. y milit. de las Rep. del Plata", del gen. Antonio Díaz, pág. 79.

(3) Decretero de Caravia, (1875), pág. 20.

(4) La documentación de esta intentona, está en manos del erudito historiador Ariosto Fernández. Don Daniel García Acevedo nos ha ofrecido la tradición oral, obtenida de labios de don Paulino Berro.

(5) Juan Carlos Gómez publicó esta carta en "El Nacional" de 29 de Agosto del 57.

(6) Los doctores Manuel y Ernesto Quintela pertenecieron a una familia que pagó entre nosotros tributo al infarto cardíaco.

(7) Entre nosotros fué a Julio María Sosa a quien se hizo el primer diagnóstico correcto de infarto, a base de electrocardiograma.

Típica escalera de piedra de la casa de Lavalleja del Miguelete

EL PINTOR ESPAÑOL M. COLMEIRO

Se está preparando en Montevideo una exposición de obras del pintor español M. COLMEIRO, la que se realizará en fecha cercana. A esa muestra, y como anticipo de ella, pertenecen las reproducciones que publicamos.

CUANDO yo estuve en Galicia, hará de eso unos cinco años, no me moví del triángulo formado entre Rivadeo, Castroverde y Betanzos. Lo recorrí de extremo a extremo. Y me empapé del espíritu de la noble y callada Galicia, descubriendo a cada paso su quietud, sus paisajes gris perla, su tranquilidad única, su vivacidad extraordinariamente callada, con un ritmo constante, y, por fin, una especie de salvajismo en flor, contra todo y a favor de nada. Así vi y descubrí lo que pudiéramos llamar "mi" Galicia...

Pasó el tiempo y olvidé aquel paisaje, tontamente, sin poder decir el por qué. Hoy lo he vuelto a encontrar y a sentir de la manera que más me place; ante las telas que en las Galerías Layetanas tiene expuestas el pintor gallego M. Colmeiro. Todo el espíritu, todo el ritmo que de Galicia admiré está allí, palpita en las telas de Colmeiro, gran galaico y original pintor-labrador.

Porque Colmeiro es un labrador. Así, en el amplio sentido de la palabra, y que ha cultivado, ha admirado tanto su tierra, que no ha podido menos que fijarla, a su manera, con aquel espíritu salvaje de que hemos hablado al principio. Su proceso artístico, por lo tanto, no ha pasado por ninguna escuela, ni por ninguna academia. Un buen día dejó las herramientas, cogió los pinceles y empezó a copiar el natural, a interpretar como buen labrador-pintor su Galicia: resultado de este proceso artístico, que tan sólo imaginándolo horroriza al pensar en la enorme fuerza de voluntad que representa, son estos paisajes y estas figuras de Galicia, llenas de sencillez y armonía.

Colmeiro es un pintor primitivo, con un temperamento enorme. Por dificultades que se le presenten, él sigue su camino. Y sus telas recuerdan muchas cosas —sobre todo al gran Chirico— pero con un sello propio. ¿Recuerda a Sunyer? No. Muy poco. Casi nada. Lo que pasa es que ambos ar- tas han llegado al mismo punto de sen- lez estética. He aquí la explicación.

Bien, muy bien por Colmeiro. De su úl- na Exposición a la actual se ha dado ı gran paso, ganando en dibujo, en in- nción y en vivacidad de color.

Miguel UTRILLO.

Barcelona, 1934.



EL MERCADO



CAMPESINA



MATERNIDAD



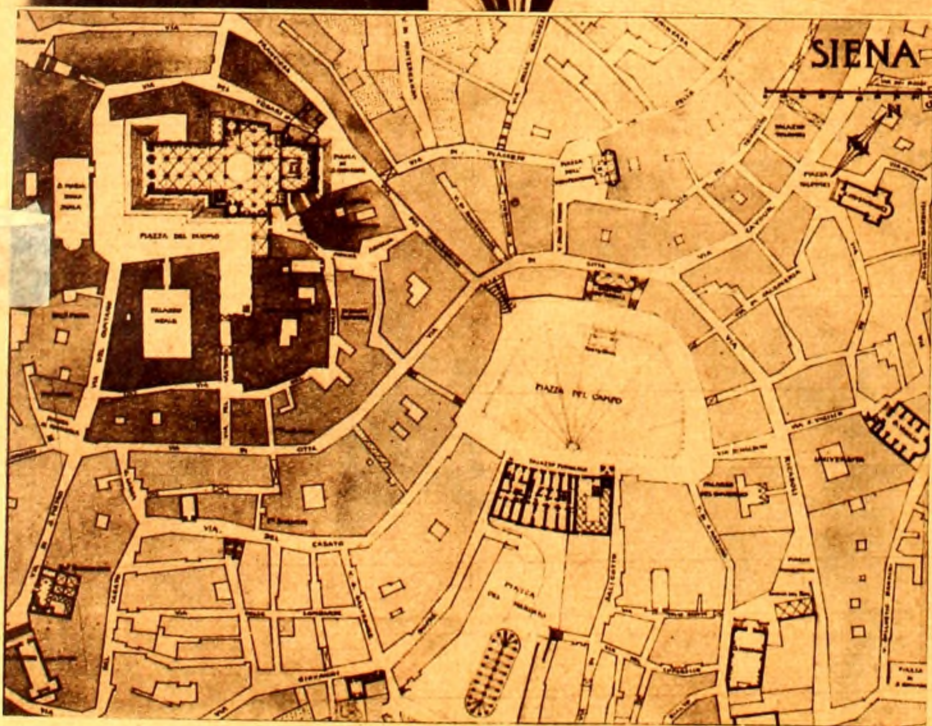


"LA HORA RADIANTE"

Cine Metro exhibe una nueva producción de Borzage titulada "La Hora Radiante" en la que figuran como intérpretes principales Joan Crawford, Margaret Sullavan Melvyn Douglas, Robert Young y otros artistas de significación en el elenco de la M. G. M.







Siena. Parte central

Piazza del Campo

S I E N A

"El centro de Siena está marcado por la bella "Piazza del Campo", vasto anfiteatro natural situado en el encuentro de tres colinas sobre las cuales está edificada la ciudad, y de la cual el Palacio Público ocupa la parte baja como un soberbio e inmutable valor decorativo. Data de los últimos años del siglo XIII.

Las calles están trazadas con el fin de seguir las crestas de las alturas y las curvas de nivel. Sobre un cerro que domina toda la ciudad, al oeste de la gran plaza la catedral encierra sus tesoros artísticos y perfila sobre el cielo su graciosa fachada de Giovanni Pisano. Se sabe como la vieja ciudad de los gibelinos, protegida por su situación, ha resistido las tentativas de progreso: de toda la Italia debe ser la ciudad en la cual el tiempo, y los hombres, han mejor respetado lo pintoresco y la altanera belleza".

G. GROMORT.

"Grandes compositions exécutées".

"Piazza del Campo", desde la torre del Mangia

Antigua ciudad fortificada, ordenada en lo alto de la colina, ofreciendo a su alrededor un vasto panorama de planicies. Centro etrusco primero, luego galo y romano, hacia el año 1125 se transformó en una Comuna Libre: Su rivalidad con Florencia mantuvo un larguísimo período de luchas; desvastada por la peste y luego por invasiones de españoles y franceses, la ciudad pasó en el año 1559 a formar parte del Ducado de Toscana bajo el mando de los Médicis.

Siena es, después de Florencia, la ciudad de la Toscana que posee la mayor cantidad de obras de arte. Es la que probablemente mejor ha conservado su espíritu de la época feudal y su arquitectura no ha sufrido las intromisiones del "Novecento" italiano.

Sus calles angostas dando acceso a mercados y plazas, sus palacios, iglesias, museos, todas sus moradas de piedra y teja de un color marrón, hacen que la ciudad al ser observada desde lo alto de la torre del "Mangia" tienda a confundirse con el mismo suelo.

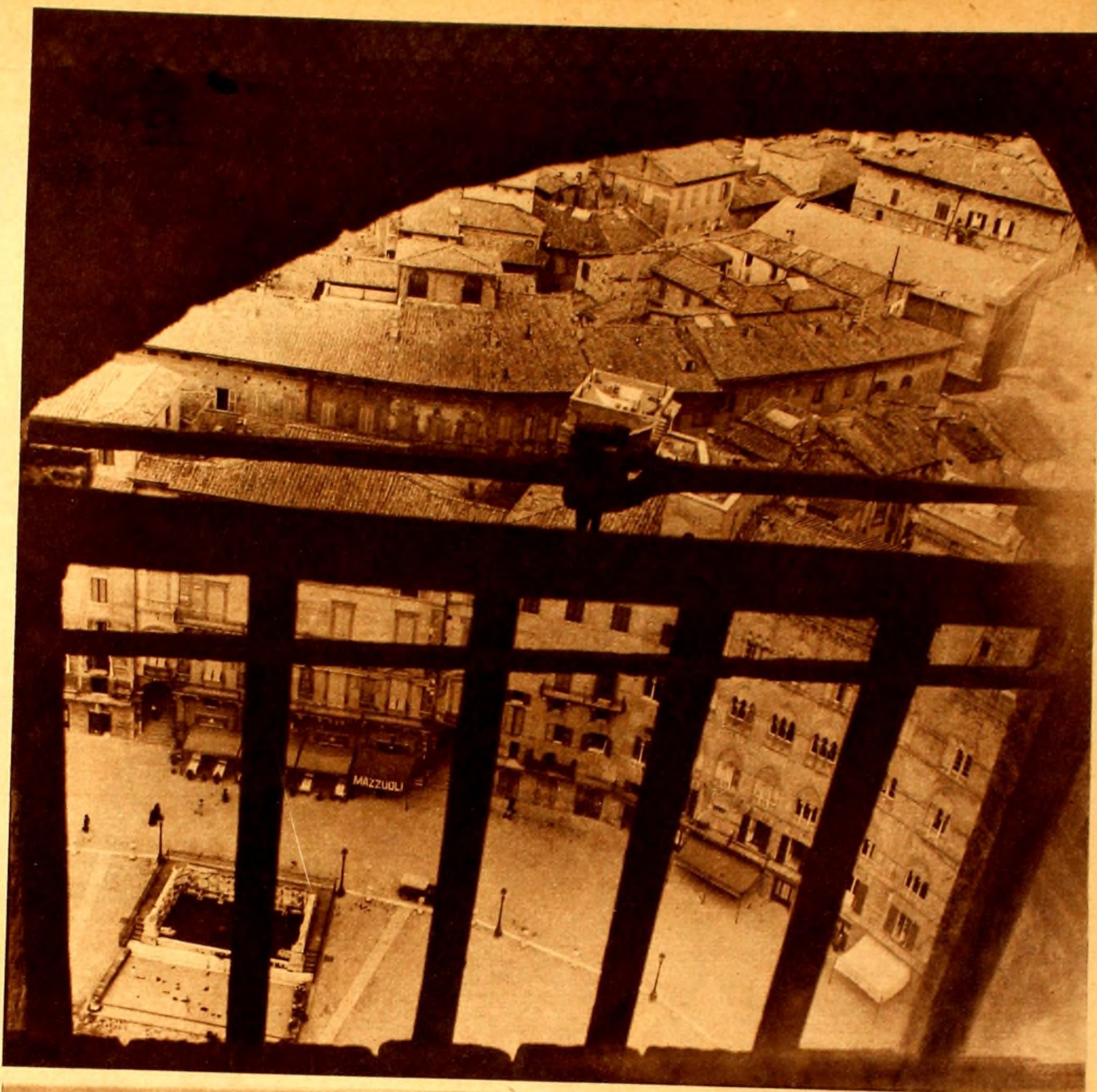
En su calidad de centro importante de la Edad Media sus dos elementos de arquitectura de mayor valor son, la plaza municipal o "Piazza del Campo" y la de la iglesia o "Piazza del Ducmo". La primera de ellas semielipse deformada de niveles superiores en su perímetro volcando así las aguas hacia el centro. Especie de vacío dejado por la masa al retirarse. Con su edificación alta, destacándose entre ella el Palacio Público con su torre y la pequeña capilla al pie. En la misma plaza la "Fonte Gaia" copia de la fuente de mármol proyectada y esculpida por Jacopo della Quercia (siglo XV). En esta plaza, en esa misma época se disputaban los torneos de lanceros a caballo.

La plaza de la catedral presenta junto a ésta el campanile; la primera, admirable creación del arte gótico italiano con el trabajo de Giovanni Pisano en su fachada y teniendo en su interior uno de los célebres púlpitos de Nicola Pisano. El Campanile, a bandas blancas y negras se eleva junto a la catedral y en el panorama general de la ciudad ofrece el punto más elevado.

*

La última visión de la ciudad, con el primer plano de higueras y limoneros, destaca su silueta marrón que tiende a confundirse con las montañas de la lejanía.

G. JONES ODRIOZOLA.
(Arquitecto).





Fachada del Duomo



Duomo y Campanile

El Duomo desde la torre del Palacio Comunal



GLOSARIO DE LA FARSA URBANA:

EL BANQUETE

Por pequeño que sea el mérito de un hombre en nuestra ciudad, habrá sido, de seguro, objeto de algún banquete en el curso de sus días. No se perdona el mérito más vulgar, la ocasión más pequeña. ¿Quién no se ha casado siquiera una vez en su vida? ¿Quién no ha hecho un viaje a Europa? ¿Quién no ha recibido un diploma universitario, aunque sea sin medalla de oro? Ocasión para el banquete no falta nunca. Ocasión es la vida misma. En último caso, si nuestro amigo, solterón inconmovible, no viaja ni se doctora, tendrá por lo menos el pecado de alguna obrita dada al teatro o a la imprenta. ¡Pues a purgarla, señores! Démosle a ese hombre un banquete y, al final, obliguémosle a tartamudear cuatro estúpidas y lívidas palabras de agradecimiento.

Nosotros hemos asistido a este banquete con que se celebra el último éxito de nuestro amigo X. En verdad yo no conozco ningún éxito de mi amigo X, pero, con tal de que sea el último, encuentro bien que hoy lo festejemos tan estruendosamente. Ya estamos todos rodeando la mesa. Yo no conozco al señor que está a mi derecha y no quiero conocer al de mi izquierda que tan indiscretamente come con la boca abierta. Mi aislamiento es mortal. ¿Hay acaso soledad más espantosa que la soledad de los banquetes? ¡Quién tuviera un tema fácil y oportuno para entrar en tratos con este vecino de la derecha! Pienso en las huelgas, en el armisticio, en los bailes rusos... Nada de esto puede, ciertamente, interesar a este señor de frente pequeñita, de espaldas anchas, — campeón de algo posiblemente— que come y bebe sin darse un instante de respiro. ¡Grande y cara felicidad, la de tener apetito en una noche de banquete! Dejemos comer a nuestro vecino; acaso es el único entre todos que ha tenido una razón sensata para venir aquí.

Frente a nosotros hay un señor de frac, que nos parece singularmente nervioso. Lo hemos observado. Apenas come: revuelve furiosamente uno y otro plato, siembra un desorden terrible entre las papas, las arvejas y la carne de los guisos y no come nada de ésto. Yo me pregunto qué objeto puede haber traído hasta esta mesa a este señor tan nervioso y qué placer ha creído procurarse con el cubierto que compró por quince pesos amputados entre ayes del bolsillo. De pronto, cesa nuestra preocupación. Este señor se ha levantado. Ha mirado a todos lados y con un gesto que tiene sin querer algo de amenaza, ha echado la mano al bolsillo. Esto es un discurso. Este señor está al borde de la celebridad. Todos vamos a escucharle en recogido silencio; después, todos vamos a reírnos de él. Esto es justa y exactamente la celebridad.

Luego se ha levantado nuestro obsequiado. ¿Qué va a decir, este buen amigo X, tan dado en la intimidad a no decir nada? ¿Dirá esas cuatro palabras entrecortadas y violentas que todos esperamos? Nuestra sorpresa es enorme: este amigo X, tan querido, hace cinco minutos que habla sin interrumpirse. Este no es nuestro amigo X. Esta es otra persona, posiblemente muy notable, que se ha ganado en buena ley el banquete de hoy. Así lo entendemos a través de sus cálidas palabras de agradecimiento. He aquí la gran utilidad de todos los banquetes. Antes de hoy, antes de estos discursos que hemos oído, ¿acaso sabíamos algo de nuestro amigo X, tan pequeño, tan insignificante en su vida de siempre? Ya lo estamos oyendo: X piensa grandes cosas, abriga propósitos magníficos. ¿Quién lo haría por menor al final de una comida, frente a cien amigos que le festejan y admiran? A través de sus propias palabras, nos parece que X quiere ser en el futuro un grande hombre. Cuando los hombres no tienen presente, sonríen a los demás desde la cumbre de su futuro.

¿Ha terminado la fiesta? Hay todavía un jovencito —un jovencito aprovechado y desagradable, con opinión formada sobre todas las cosas— que quiere ensayar, a expensas nuestras, sus dotes de orador. Luego, los graciosos de la mesa, que instintivamente se han reunido en un mismo grupo, comienzan a exigir discursos a granel. ¡Amargo trance, este instante último de todos los banquetes! Ya alguien ha lanzado, entre otros, nuestro nombre. ¡Que amistosa sonrisa, franca y cordial, dirigimos a estos divertidos señores para atraernos su misericordia! Quisiéramos hacerles entender que estamos de su lado; que queremos, como ellos, reírnos de todos los demás. Y a nuestro turno, llenos de secreta zozobra, gritamos despiadamente exigiendo la palabra de N. de Y. de Z, unos buenos y tranquilos señores N, Y y Z que, al otro extremo del mantel, empiezan a afligirse y a maldecir de todos, espiando con ansias trágicas el instante de abandonar la mesa.

Roberto GACHE.

EL PAJARO AZUL

"LA FELICIDAD ESTA ENCIMA DE NOSOTROS". — MAETERLINCK
"L'oiseau bleu".

Los hombres son como los eucaliptus. Si están solos, engordan y echan ramas. Si están juntos, crecen y se adelgazan. De lo cual se deduce que la ambición es una necesidad más imperiosa que la nutrición.

Sólo el hombre que ha nacido, ha llegado a ser o se cree superior a los demás, se encuentra próximo de esa serenidad de espíritu que es siempre precursora de un vientre opulento y majestuoso.

Yo, como lo he dicho en otra ocasión, me consideraría deshonrado si al llegar a los cuarenta años no tuviese un bien raíz, una descendencia numerosa y un vientre cuidadosamente mantenido. Pero cuando uno no es dueño de una viña, cuando no puede usar dos apellidos, cuando no ha llegado a martillero público, no puede de ningún modo considerarse superior a sus vecinos.

Sin embargo, con cierto ingenio, se pueden realizar ambiciones que parecen imposibles. Así, por ejemplo, yo soy la persona más importante de mi calle. Naturalmente, nunca se me ocurrido irme a vivir a la "Avenida Vicuña Mackena" o a la "calle del Dieciocho". Porque, andando a pie —en medio de la aristocracia neumática de los "Marmont" o de los "Hudson"— yo siempre tendría que ser el personaje más insignificante de todo el barrio.

Pero en mi calle es otra cosa. Mi calle es vecina y paralela de "San Pablo Street". Mi casa exhibe su opulencia al frente de un conventillo con precios de "cité". En la cuadra que sigue funciona un "Consejo de Tranviarios". En la esquina oriente hay un Bar con piano eléctrico y en la otra ha instalado su paquetería un turco de Tierra Santa. El turco vende auténticos rosarios del Monte de los Olivos, fabricados con aceitunas de San Fernando. En mi barrio soy el "caballero". Mi niño es el más blanco en un trayecto de quince cuadras y los sombreros de mi mujer imponen la moda en dos kilómetros.

Cuando yo salgo de casa es algo solemne. Mi calle me conoce. Como dice ese poeta delicado que escribió "Por los Caminos":

"Mi calle me conoce...
cuando vuelvo a su abrigo,
los árboles, donde suspira el viento,
se agitan con lentos movimientos..."

En mi barrio pierdo toda la timidez que me infunde la calle Huérfanos. Me transformo. Me siento elegante. Llamo ociosos a los mendigos. Insulto a los guardianes. Le doy puntapies al suplementero que me ofrece "El Ilustrado"... En fin, me comporto como una persona que tiene conciencia de su importancia...

César **CASCABEL.**

TEMPORADA MUSICAL



Andrés Segovia.



Trinidad Soler.

La organización Iriberri ha dado a conocer la nómina de los concertistas extranjeros que en esta temporada invernal actuarán en Montevideo, destacándose del conjunto el guitarrista Andrés Segovia, a quien se debe buena parte del renacimiento que en estos últimos años se observa en el cultivo de ese instrumento, elevándolo al nivel de estima y consideración que merece; el cuarteto "Lener", considerado como una de las más perfectas agrupaciones de Música de Cámara, intérpretes de los cuartetos de Beethoven, que han grabado en discos; y finalmente la bailarina de rango español Trinidad Soler que en su actuación última ante nuestro público conquistó muy expresivos juicios.

Tarzan

por EDGAR RICE BURROUGHS















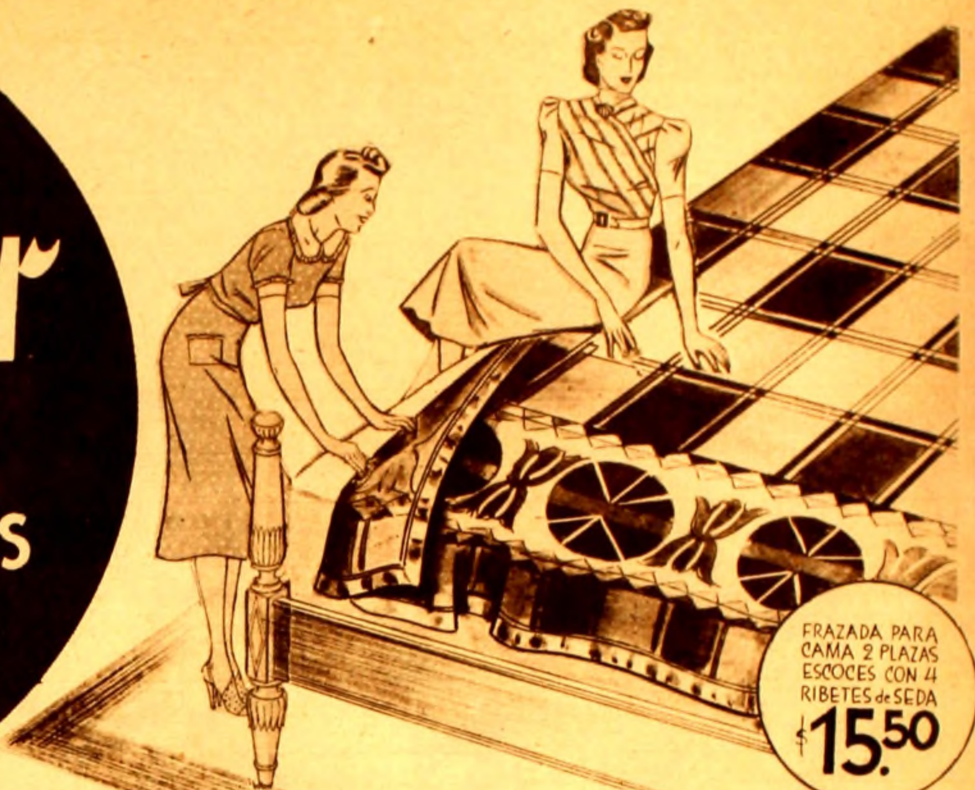




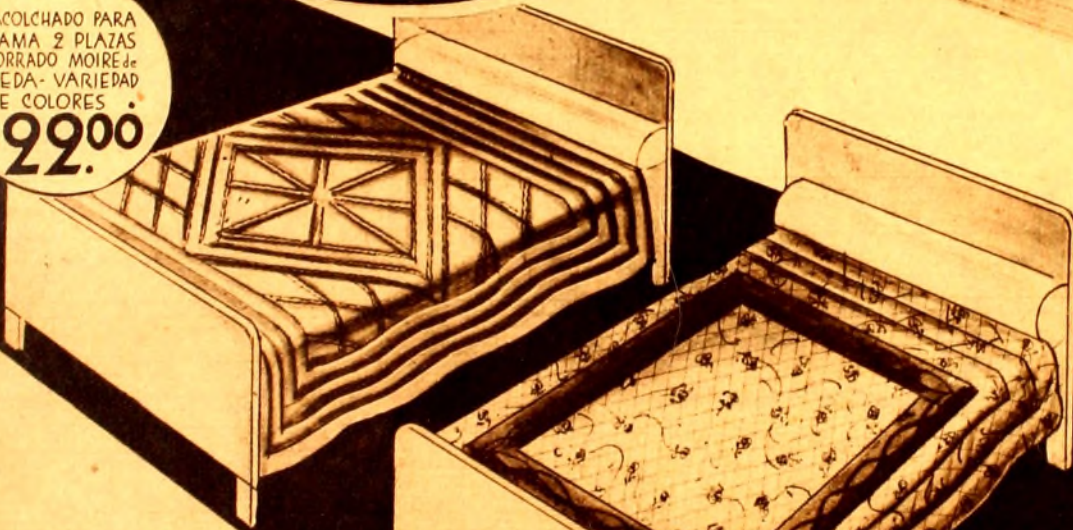


Casa Soler

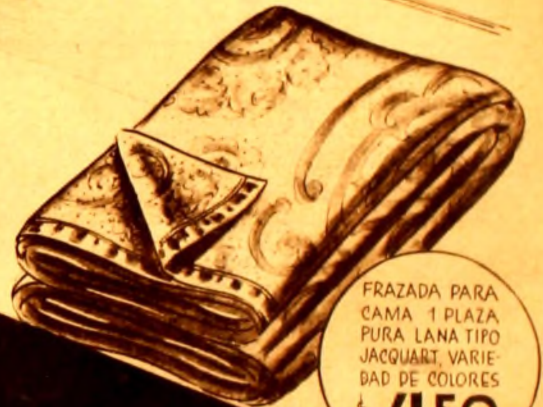
DESTACADAS OFERTAS
de ACOLCHADOS
Y FRAZADAS



FRAZADA PARA CAMA 2 PLAZAS ESCOCES CON 4 RIBETES de SEDA
$ 15.50



ACOLCHADO PARA CAMA 2 PLAZAS FORRADO MOIRE de SEDA - VARIEDAD DE COLORES
$ 22.00



FRAZADA PARA CAMA 1 PLAZA PURA LANA TIPO JACQUART, VARIEDAD DE COLORES
$ 4.50



ACOLCHADO PARA CAMA 2 PLAZAS FORRADO CRETONA PROVENZAL - GUARDA DE SATEN.
16.50



ACOLCHADO PARA 2 PLAZAS - EN SATEN DE SEDA
$ 18.50



ACOLCHADO PARA CAMA 2 PLAZAS FORRADO SATEN MATE VARIEDAD COLORES
14.80



ACOLCHADO PARA CAMA 2 PLAZAS FORRADO EN SATEN FULGURANTE - VARIEDAD COLORES
$ 11.50



FRAZADA PURA LANA DOBLE FAZ - TIPO JACQUART PARA CAMA MATRIMONIO 4 RIBETES SEDA
13.50



FRAZADA PURA LANA GUARDA GRIEGA TIPO VICUÑA PARA CAMA MATRIMONIO
CON 2 RIBETES DE SEDA $ 11.00
CON 4 RIBETES DE SEDA $ 12.00

"PUBLICIDAD"

En nuestras tres casas:

SUC. CORDON
Av. 18 de JULIO 1601
Esq. PIEDAD

CASA MATRIZ
Av. AGRACIADA 2302
Esq. M. SOSA

SUC. GOES
Av. Gral. FLORES 2341
Esq. M. BERTHELOT